

□ Tiempo de lectura: 4 min.

Una reflexión sobre Mt 10, 26-33

Cuando Jesús dirige a sus discípulos la invitación a «no tener miedo», hay que tener cuidado de no reducir esta invitación a un eslogan superficial. Es una llamada, una palabra pronunciada por un maestro a aquellos que han elegido caminar y estar con él. Con todas sus faltas, los discípulos de Jesús son aquellos que ya lo han dejado todo para seguirlo. Jesús está hablando a personas que gradualmente están descubriendo lo que significa la amistad con él, y que vale la pena tomarlo en serio. Y es precisamente desde el interior de esta amistad que el mandato de no tener miedo adquiere todo su peso.

1. «No tengan miedo»: no es una elección, sino un descubrimiento

Estamos tentados a leer estas palabras como un llamado al coraje que debemos evocar desde lo más profundo de nosotros mismos, a través de la fuerza de voluntad o el pensamiento positivo. No es así.

La invitación de Jesús no está construida sobre cálculos humanos. No es un optimismo vacío. Jesús, que envía a sus discípulos como «ovejas en medio de lobos» (Mt 10, 16), se enfrentan a peligros y oposición reales. ¿Qué significa realmente, entonces: «No tengan miedo»?

«No tener miedo» es posible solo porque «algo» les ha sucedido a quienes siguen a Jesús. Se ha formado una relación. Emerge una amistad, en el sentido más profundo de la palabra, que ha echado raíces en lo profundo del corazón del discípulo. La amistad con Jesús es diferente a cualquier otra amistad. En Él y con Él descubrimos que somos conocidos y, por ello, sostenidos. Tal relación no es una metáfora sentimental. Es la gramática de la intimidad.

La ausencia de miedo, por tanto, es un descubrimiento del que lentamente nos damos cuenta con el tiempo, a través de la práctica de mantenernos cerca de él: en la oración, en la escucha de su Palabra, en el encuentro sacramental, en el servicio a los pobres y a los jóvenes. Nos damos cuenta de que, poco a poco, lo que

comienza como un esfuerzo se convierte en confianza. Lo que comienza como disciplina se convierte en amor. Y en ese amor, el miedo no desaparece, pero pierde su control. Ya no somos esclavos, sino libres porque estamos abrazados por el amor de Jesús.

1. Seguir a Jesús: un camino que enriquece nuestra humanidad

Jesús está enviando a sus discípulos, pero no los está abandonando. Todo el movimiento de este pasaje es el de una misión dentro de un acompañamiento. Les dice a qué tendrán que enfrentarse. Les dice quién es su Padre. Promete su propio testimonio a favor de ellos ante el Padre. Es decir, no se limita a dar instrucciones, sino que se da a sí mismo.

Y este es el corazón de la vida cristiana: no la observancia de un código, sino el camino de confiarse a una Persona. «Seguir a Jesús» es una frase tan familiar que corremos el riesgo de vaciarla de su carácter extraordinario. Porque seguir significa moverse, dejar la seguridad de lo que era y caminar hacia lo que se va haciendo nuevo: nunca solos, sino con Él, en Él, por Él.

La belleza de este camino es que no nos disminuye, no aplan a la persona humana. Al contrario: es la vía de la plena humanización. Cuando nos confiamos a Jesús, cuando nos atrevemos a abandonarnos a él, somos como ese niño que se abandona en los brazos de su padre. Nos reencontramos. Descubrimos una capacidad de amor, de resistencia, de alegría, de solidaridad que no sabíamos que teníamos.

Es esto lo que el camino de la fe nos enseña, lenta pero certeramente: que estamos sostenidos. Que nuestra humanidad es preciosa a sus ojos. Que valemos más, infinitamente más, de lo que a veces nos atrevemos a creer.

Y es de esa seguridad de ser conocidos y amados de donde sacamos la fuerza para afrontar los desafíos de la misión... sin miedo.

III. Declararse por Jesús: una identidad personal madura

«A cualquiera que me reconozca delante de los hombres, yo también lo reconoceré

delante de mi Padre que está en los cielos.»

Este es el movimiento culminante del pasaje. Escuchémoslo con atención porque es fácilmente malinterpretado. Declararse por Jesús no es un acto político. No es la adopción de una ideología, una bandera que llevar, una causa que defender en la arena pública. El lenguaje de «declararse» podría sugerir un momento de compromiso público, una especie de posicionamiento estratégico. No es esto lo que Jesús nos pide.

Cuando los discípulos hablan de Jesús a la luz del día, cuando proclaman desde las azoteas lo que han escuchado en la oscuridad, no están actuando. Simplemente están compartiendo en lo que se han convertido. Hablan de él porque le pertenecen. Dan testimonio porque su vida ha sido moldeada por la suya.

Declararse por Jesús, por tanto, significa acercarse a la verdad más profunda de lo que uno es. No es un momento de entusiasmo religioso o de pertenencia social emotiva. Es el reconocimiento, madurado a través de la amistad con Jesús, de dejarse formar por la oración y el abandono. Mi identidad está arraigada en mi «habitar» en Cristo Jesús.

Conclusión

«No tengan miedo»: no porque el mundo se haya vuelto seguro. No porque la misión sea fácil. Sino porque somos conocidos, amados y sostenidos por Cristo Jesús. Estamos acompañados por aquel que ha contado cada cabello de nuestra cabeza y nos llama por nuestro nombre ante el Padre.

Pidamos que nunca nos falte la gracia de esta libertad, fruto de nuestra amistad con Jesús.